El viento norte, caliente, arremolina polvo y hace que se sacuda la bandera raída en el poste, más acá, en la banquina. Dicen en la zona que, cuando sopla en verano, los animales enloquecen, y a veces, la gente también. En el lote de enfrente el maíz tupido se mueve como un oleaje dorado bajo el sol impío.

Adentro de la casilla rodante el cabo transpira y lo mira al tipo. Todo el tiempo, de arriba a abajo. Se rasca la cabeza con los dedos gruesos. No pasa nadie por la ruta. Los conos siguen ahí, alineados entre las marcas oscuras de los frenazos sobre el asfalto. Y los perros, nerviosos, permanecen alerta, por momentos meten la cabeza en el hueco de la puerta y gruñen.

- Necesito que colabore. Se tiene que acordar algo más – dijo hace un rato y dejó de escribir a máquina.

El silencio es largo pero se quiebra en un momento. Se escucha, claramente, esa mezcla de ladrido y queja grave del Dogo, excitado, otra vez tironeando para zafar de la cadena en el centro del cañaveral tras la casilla. El cabo levanta la vista y mira hacia afuera. A lo lejos, en el cielo de la tarde, los chimangos y un par de aguiluchos grandes sobrevuelan en círculos; cada tanto alguno baja en medio del maíz a carronear. Ramírez imagina claramente el tumulto de alas, la disputa por un ojo, un girón de carne.

- Necesito que me explique cómo es que llegó a la entrada de la estancia Ochoa.

- Disculpe ¿Dónde?

- El camino donde paró al camión, bien adentro, por allá.

Le señala afuera, hacia el lote de maíz del otro lado de la ruta.

- Ya le dije me golpearon y me tiraron en el campo. Estuve perdido.

Ramírez lo mira desde el otro lado del escritorio. No tiene pinta de tener un Taunnus nuevo como el que, dice, le robaron; vestido así, con esta edad, herido. Tiene miedo, los perros no se equivocan -piensa.

- A ver, hombre, me tiene que dar detalle. Algo se va a tener que acordar para explicarme cómo es que apareció ahí.

Otra vez se escucha al Dogo tironear de la cadena y gemir hasta ahorcase por completo con el lazo del collar. Fuera de sí. Los otros dos animales tiesos y expectantes en el rectángulo perfecto de sombra que marca sobre el piso de tierra el alero de lona frente a la puerta. El cabo se pone de pié. Es tan grandote que tiene que agachar la cabeza para estar parado dentro de la casilla. Apoya las manos a los costados de la máquina de escribir y echa el cuerpo hacia adelante sobre el escritorio. Todo cruje con los movimientos de Ramírez. Ahora lo mira de cerca. Recorre con la vista la pierna herida, la zapatilla destrozada, y se detiene en el bolso apoyado a un costado.

- Es mejor para usted si colabora ¿Sabe?

Adentro de la casilla no corre ni una gota de aire. Ramírez transpira sin parar. Quiere salir. Necesita ir a meter la cabeza en la acequia, sacarse los borceguíes llenos de tierra, respirar. Pero tiene a este tipo ahí sentado hace horas y la verdad todavía no sabe bien qué hacer, se está poniendo nervioso. El Facundo gruñe, acerca el hocico, y muestra los colmillos. El cusquito ahora no para de correr del cañaveral tras la casilla hasta la sombra del alero de lona. Cada vez que desaparece de la vista se empiezan a escuchar los ladridos intermitentes y la respuesta afónica del Dogo, incansable, tironeando de la cadena hasta ahorcarse una y otra vez.

El bolso esta todo sucio. Tiene salpicaduras de barro seco y un manchón irregular más oscuro que parece sangre. El tipo tiene parte de la ropa destrozada pero está bastante limpio. Mantiene la respiración agitada y transpira. En un momento parece que fuera a levantarse de la silla. Apenas se mueve el cabo le dice que se quede quieto con una sola palabra, una orden precisa y fuerte, como si fuera un perro.

- ¿Me va a explicar cómo es que lo robaron pero le dejaron esto?

El otro ya no contesta nada. Mira el piso de chapa, se tapa la cara con las manos. No da más. Hace rato que repite lo mismo y siempre terminan en este punto. De afuera les llega el sonido de una chicharra. Sopla una ráfaga de viento norte. Todo parece quieto por un instante. El aire caliente se cuela dentro de la casilla y les seca un poco los rostros perlados de traspiración.

- A ver, vamos a repasar todo, desde el principio- dice y golpea con el puño cerrado sobre el escritorio.

Los perros retroceden afuera. El tipo dá un respingo en la silla y levanta la cabeza asustado.

Ramírez lo mira a los ojos. Hace una pausa.

El otro por un segundo le sostiene la mirada pero volelve a bajar la cabeza enseguida.

- Hable.

- Ya le dije oficial: yo volvía manejando para Buenos Aires. Cerca del cruce con la circunvalación freno al costado de la ruta y bajo para revisar el agua del radiador porque me pareció que el auto recalentaba. Aparecen estos tipos, no los veo llegar. Uno me encañona y me mete de los pelos en el auto. Se sienta en el asiento de atrás y me pone el revolver en la cabeza. Me ordena que siga al de la moto. Me dice que no lo mire y que no intente nada porque me va a matar. Recorremos varios quilómetros. En algún lugar que no puedo precisar veo que la moto frena y el tipo me dice que baje a la banquina. Siento un golpe terrible en la nuca y me desmayo, ya no recuerdo más nada. Me despierto al amanecer tirado en el medio del campo. Camino por horas hasta encontrar un alambrado, lo sigo hasta un camino de tierra. Timpo después veo que se acerca un camión y le hago señas. El resto ya lo sabe, se lo repetí varias veces: el camionero me iba a dejar en Córdoba Capital pero usted, no sé porquè, me bajó acá.

El sopapo es tremendo. Le cruza la cara y lo tira de la silla. Los dos perros empiezan a ladrar furiosos y saltan adentro por el hueco de la puerta. El cabo rápidamente pasa del otro lado del escritorio. Antes de que el tipo pueda reaccionar le mete varias patadas en las costillas y le pone el borceguí arriba. Le aprieta el pecho con todo el peso del cuerpo, le parte el esternón.

- Ustedes son todos iguales. Se piensan que somos zonzos acá en el campo.

Después agarra la antigua máquina de escribir con las dos manos de arriba del escritorio. La alza hasta chocar con el techo de chapa de la casilla y le dice a los gritos:

- ¿Cómo es que apareciste acá? ¡Confesá carajo!

El otro no responde. Manotea en el aire tratando de zafar del cabo mientras los perros le tiran tarascones. Grita aterrado, empieza a pedir por favor.

- Porteño de mierda.

El tipo en el piso rompe a llorar.

Ramírez le tira la máquina de hierro con todas sus fuerzas. Lo golpea de lleno, le hunde parte de la cara y de la frente. Después de un par de tumbos queda en el piso, a un costado, con la hoja todavía puesta y la declaración por la mitad.

Los animales se tranquilizan de golpe. Ramírez se mueve preciso y rápido. Pone el cuerpo con los pies hacia la puerta, sale de la casilla y tironeando de las piernas lo saca afuera. Lo arrastra por la tierra para el fondo y lo deja a un costado del sendero.

Entra al cañaveral. El Dogo es pura espuma en la boca, tiene el pelaje blanco de la giba erizado, partes del cuello en carne viva por la fricción con el collar. Se acerca despacio. Le habla como se le habla a un chico en penitencia. Un reto largo, severo, pero al final conciliadosr. El perro adopta otra postura, relaja la tensión del cuerpo, echa las orejas hacia atrás. El cabo sigue avanzando despacio y el animal retrocede paso a paso. Al final quedan tan cerca que el perro le puede lamer la mano.

Al rato sale de entre las cañas. Al principio lo enceguece un poco la claridad de la tarde. Se seca la transpiración de la cara con la manga de la camisa y se queda bajo el sol un momento. Mira al tipo tirado en la tierra. Lo mueve un poco con la punta del borceguí.

Al cuerpo le temblequea un brazo, una pierna. Los reflejos motrices evidencian que le queda algo de vida. El Facundo y el cusquito lamen del pequeño charco de sangre que brota de una oreja y una parte de la boca abierta, en torno al cráneo aplastado. Varias moscas le zumban alrededor.

Lo arrastra de las piernas hacia el centro del cañaveral. Los dos perros ladran a los costados. Lo deja tirado boca arriba unos metros antes de llegar.

El Dogo lo espera quieto -parece manso- junto al tronco del árbol donde esta toda enredada la cadena.

Ramírez se acerca con cautela aunque el Dogo está tranquilo. Al llegar se agacha junto a él y le dice algo en voz baja. Le rasca un poco la cabeza y despacio lo libera del collar.

- Vaya Titán – dice, y el perro salta hacia adelante.

Después va refrescarse al hilo de agua barrosa que corre por la

acequia, atardece y ya no hay viento, pero sigue haciendo mucho

calor.